

Las otras verdades

Las representaciones mediáticas de Venezuela y Colombia como naciones vecinas no siempre profundizan en aspectos culturales y sociales de ambos países. Más allá del conflicto armado a uno y otro lado de la frontera, el monopolio de las informaciones se centra en la figura carismática de Hugo Chávez y los medios quedan atrapados por su discurso. Germán Rey reflexiona acerca del papel de los medios de ambos países al reflejar la identidad cultural de los venezolanos y de los colombianos

■ Germán Rey

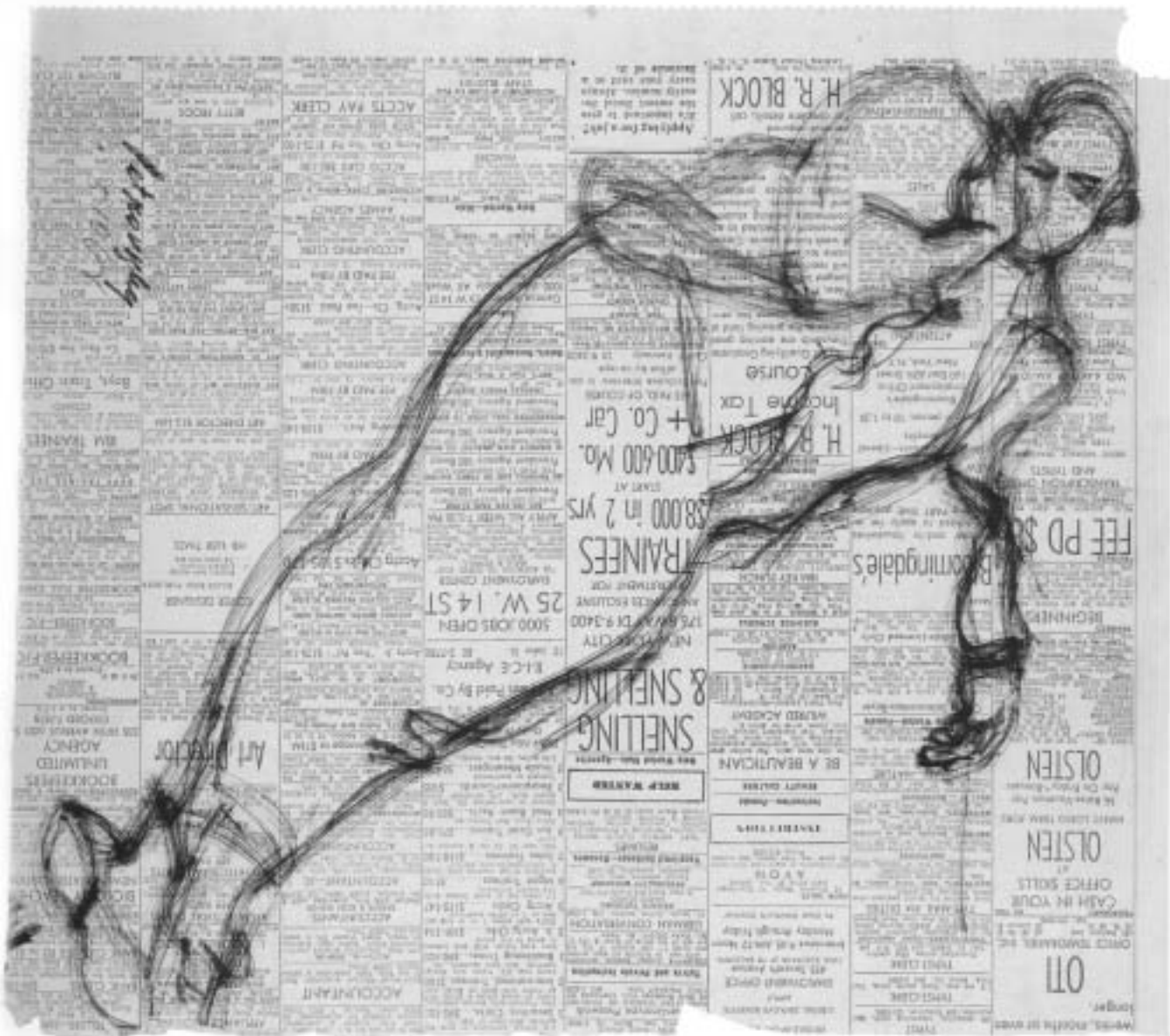
Aprendí muy temprano a querer a Venezuela. Para amar a un país, la mejor manera es seguir la insinuación de Rilke al joven poeta, a quien invitó a retirarse lejos del estrépito, a la luz crepuscular de los recuerdos de la infancia. Y mis recuerdos de Venezuela pertenecen a una ancha frontera que se extendía por entonces hasta Bucaramanga, a la que llegaban los jóvenes venezolanos a estudiar en la UIS, en los tiempos en que Jaime Arenas organizaba marchas, huelgas y quemas de la bandera norteamericana, interrumpiendo el reposo de una apacible ciudad de provincia.

Pero mi Venezuela era mucho más que una frontera física. Era claramente un territorio simbólico. Ir a San Antonio del Táchira representaba una aventura de la imaginación, porque los contrabandos de aquellas épocas escondían entre las maletas carros de pilas, muñecas de pasta que entornaban los párpados y que casi siempre eran rubias y aviones que correteaban

por las salas de pisos de baldosines prendiendo sus luces. La sorpresa de ver a un automóvil moviéndose por entre los corredores y haciendo giros apenas se tropezaba con las patas de la mesa de centro, es una experiencia inolvidable y definitiva. Tan definitiva como para que el recuerdo de estas máquinas de fantasía no lo asociara una generación de colombianos con los centros comerciales de Miami, sino con el nombre histórico de Venezuela.

Muchos años después, cuando dentro del Grupo Académico Binacional Colombia-Venezuela realicé el estudio sobre las imágenes mutuas entre colombianos y venezolanos con el psicólogo social José Miguel Salazar, desafortunadamente ya desaparecido, el paisaje había cambiado. Sin embargo, y a pesar de los años, los dos personajes más recordados por los ciudadanos de los dos países eran Shakira y José Luis Rodríguez el Puma. Aunque si a la memoria se le reconocieran puntos acumulados por la duración del recuerdo,

de Venezuela



Galería de Papel. El hombre diagonal. Iván Petrovsky 1967

los dos personajes más importantes serían Bolívar y Gabriel García Márquez.

De mis épocas como defensor del lector de El Tiempo, recuerdo dos casos referidos a Venezuela. En el primero el embajador de entonces protestaba por los límites desfigurados del Golfo en un mapa de vecindad. Cuando le llamé la atención al dibujante este me contestó con una respuesta propia del más puro realismo mágico: “Es que puse en juego mi libre apreciación de artista”. Tuve que recordarle que guerras feroces se produjeron por hechos aún más nimios y que don Agustín Codazzi no era solo el nombre de un sabio geógrafo y patriota, sino el apelativo de un instituto colombiano que construye con precisión los límites oficiales de los mapas.

En el segundo, el Embajador Roy Chaderton protestó por las declaraciones de algunas personalidades colombianas durante el golpe protagonizado por Pedro Carmona, mientras afirmaba con un tono agresivo, que elaboraría una lista negra para enviarla a Caracas. Le recordé que este tipo de actos mostraban más un régimen de intolerancia que un gesto de democracia.

LA VENEZUELA INVISIBLE O LA ATRACCIÓN MEDIÁTICA DEL CAUDILLO

Hace unos años, en un estudio sobre la información producida en cada uno de los países sobre el otro, se comprobó que por cada noticia colombiana sobre Venezuela, en ese país se publicaban 10 sobre Colombia. Es posible que con el advenimiento de Hugo Chávez a la presidencia, el volumen de noticias publicadas en Colombia haya crecido sensiblemente. Sin embargo, su aumento poco tiene que ver con el cambio del enfoque de la información.

Antes de la primera elección de Chávez nuestro estudio demostró que los colombianos se preocupaban prioritariamente por las relaciones comerciales con Venezuela y Venezuela por el conflicto interno colombiano.

Hoy el centro de la información de los medios de comunicación colombianos sobre Venezuela es, sin ninguna duda, el Presidente Chávez. Es una visión deudora del efecto caudillista, absolutamente cooptada por la retórica de la figura y los efectos histriónicos de sus actos y sus palabras. Aunque evidentemente, no se trata de una simple elaboración artificial de los medios.

Construido como una operación teatral, las noticias insisten en un Chávez po-

“

La tercera escena es la de la “división”, que confirma la polarización que se vive en Venezuela con una oposición que se diluye entre su propia intolerancia, la opacidad de muchos de sus líderes y su incapacidad para construir un proyecto político que se proponga como una verdadera alternativa al gobierno en el poder

”

lémico, incisivo y que permanentemente está distanciándose de algunos cánones establecidos. Pero la fuerza de su representación no pasa ni su propio gobierno, ni la oposición, ni por supuesto el tejido más amplio de la sociedad venezolana, que continúa siendo perfectamente invisible para los colombianos. Porque este desconocimiento no es una consecuencia de la figuración del líder, sino una continuidad –por supuesto con nuevos elementos– de la invisibilidad que por años hemos tenido en los medios colombianos de nuestros vecinos.

Existen en mi opinión cinco escenas en las que se concentra la narración mediática de la figura de Hugo Chávez en Colombia. La primera es la “escena de la amenaza” que lo convierte en un peligro permanente, del que se pueden esperar no sólo reacciones previsibles sino sobre todo imprevisibles. La segunda es la “escena expansiva”, que evalúa las fluctuaciones de sus adhesiones y distancias y que acompaña su alinderamiento con los gobiernos del MERCOSUR y el movimiento de Evo Morales; a la geopolítica de los territorios la acompaña la simbología bolivariana que en Colombia tiene evidentes resonancias con las FARC.

La tercera escena es la de la “división”, que confirma la polarización que se vive

en Venezuela con una oposición que se diluye entre su propia intolerancia, la opacidad de muchos de sus líderes y su incapacidad para construir un proyecto político que se proponga como una verdadera alternativa al gobierno en el poder.

La “escena guerrillera” es la cuarta ubicación de las noticias que se acentúa cada cierto tiempo con episodios tan conocidos como el de los paramilitares, las acusaciones sobre la existencia de campamentos guerrilleros en la frontera, el caso Granda, las presuntas persecuciones del DAS o la presencia de representantes de la guerrilla en actos públicos en Venezuela.

Finalmente, una quinta escena es la del gobernante que enfrenta a los Estados Unidos, o lo que podríamos llamar el dulce encanto del desalineado. Por eso, la figura de Chávez que atrapa una buena parte del espacio en periódicos, emisoras de radio y noticieros de televisión colombianos, es observada interna y externamente desde la confrontación. De todas maneras no se puede afirmar que los medios colombianos han generado una imagen estigmatizada del gobernante venezolano que aparece caleidoscópicamente, congruente con la paradoja de su propia figuración. Aunque si es evidente, que se trata de una imagen restringida y sobre que todo que tiene la enorme capacidad de devorar todo lo que rodea, incluyendo, por supuesto, a su propio país.

Como un simple ejercicio de verificación, seguí las noticias del domingo 8 de noviembre pasado sobre la participación del Presidente Chávez en la pasada Cumbre de las Américas celebrada en Mar de Plata, un episodio que ha tenido recientes y lamentables consecuencias diplomáticas. El Tiempo abrió con una noticia en primera página de su corresponsal en Caracas titulada “Hugo Chávez le robó el ‘show’ a Bush”. El antetítulo afirmaba que “El último ‘round’ le dio el triunfo en los medios y en la calle”. El texto se inicia con un Chávez en la Cumbre de los Pueblos “soplando con la mirada al viento para mover a las nubes y que para la lluvia. Y la lluvia paró”. Esta figura bíblica con que se abre la información da paso a la mención de su liderazgo regional, su poder afianzado en la bonanza petrolera, su enfrentamiento con los Estados Unidos y el eco que le hacen los medios desde la CNN y la BBC hasta The Guardian o The Independent. “Y ganó terreno allí donde es un mago: en la calle, en las multitudes y los sectores de izquierda, que comienzan a verlo como el mismísimo Mesías, y con los medios”.

El Colombiano de Medellín ofrece un enfoque general de la cumbre sin darle mayor protagonismo a la figura del presidente venezolano y por el contrario, siguiendo la información recogida por la agencia Reuters, afirma que “Venezuela levantó en la Cumbre una política más radical y solitaria, ya que su Presidente llamó a ‘enterrar’ el ALCA”.

La Opinión de Cúcuta, por el contrario, destaca mucho más los acontecimientos cotidianos de la frontera que las intervenciones de Chávez. Le da importancia a la gasolina nacionalizada, las colas en el puente internacional Simón Bolívar, los combates del SENIAT y la DIAN al contrabando de gas propano, o la presencia del Ministro de Minas colombiano en el primer encuentro binacional del sector eléctrico.

En general, las noticias que provienen de agencias como Reuters, AFP o Efe se centran mucho más en los hechos que en sus protagonistas. La Revista Semana de esos días tuvo en su portada al presidente venezolano con un inquietante titular: “Colombia en la mira”. Una de las tesis del texto central advierte sobre las pretensiones de Chávez en materia energética y los riesgos de hacer negocios con él.

Entretanto, en los periódicos venezolanos, la noticia queda balanceada con otras de política interna, aunque ese domingo en la versión on line del periódico venezolano Tal Cual, llaman la atención dos textos. En el primero, el antetítulo advierte que “Siempre habrá un Chávez en alguna parte, dispuesto a sustituir al otro o a contradecirlo o a inventar un cuento nuevo”, mientras que en el segundo, dedicado a la iconografía del Presidente, se dice que “En Caracas, después de la basura, el tráfico y los indigentes, las imágenes de Chávez son probablemente lo que más ha proliferado en los seis últimos años”.

LAS APARICIONES SIN MEMORIA

Es interesante observar una cierta visión periodística de Chávez que entrecruza la alegoría religiosa del taumaturgo con la percepción espectacular del ‘show’ y el desplazamiento metonímico del mago. Y que a la vez condensa el poder con el petróleo, es decir, lo más simbólico con lo más material y terrenal. Frente al deterioro de la política norteamericana para América Latina y el descenso vertiginoso de la imagen y popularidad de Bush, la figura de Chávez atrae de inmediato a los medios, porque les habla en un lenguaje

“

Curiosamente, en nuestro estudio con Salazar, mientras que las regiones costeras colombianas son las más pro venezolanas y las orientales las más pro colombianas, es en Bogotá y en Caracas donde están los grupos mas anti venezolanos y anti colombianos. Por fortuna, nuestros datos muestran que entre los más jóvenes están los grupos más pro venezolanos y pro colombianos en ambos países

”

que no solamente entienden, sino sobre la cual está cada vez más construida la información, tanto nacional como internacional. En otras palabras: la información también forma parte peligrosamente del espectáculo.

Este parecido entre la lógica mediática y la figura caudillista lo ilustra muy bien Alma Guillermoprieto en su crónica “No llores por mí Venezuela”, publicada originalmente en The New York Review of Books: “La televisión es su medio natural expresivo, franco, apenas un poquito pasado de peso, completamente a sus anchas, campechano incluso cuando increpa a la prensa o a un miembro rezagado de su gabinete. Chávez resulta indiscutiblemente fascinante y a veces hasta entrañable cuando se apodera de los canales de transmisión”.

Los medios adoran aquello que Chávez representa con maestría: las salidas excepcionales, el brillo de lo coyuntural, las apariciones sin memoria, las franquezas polémicas y desparpajadas.

El caudillismo no es sólo un efecto político sino un fuerte condensador mediático. Y tras la figura de un Chávez representado por los medios con la atracción que atrapa y a la vez seduce, se disuelven procesos más densos, interacciones más vivas, problemas seguramente más pro-

fundos de Venezuela que no alcanzamos a percibir los colombianos comunes y corrientes en la información ofrecida por los medios de comunicación.

En el estudio que realicé con el investigador venezolano Ángel Eduardo Álvarez sobre la representación de las relaciones binacionales en periódicos de los dos países, confirmamos que en los medios nacionales abunda la información metropolitana, cuyos centros son Bogotá y Caracas y que se salta, como en un juego de damas, las fronteras y sus dinanismos. Curiosamente, en nuestro estudio con Salazar, mientras que las regiones costeras colombianas son las mas pro venezolanas y las orientales las más pro colombianas, es en Bogotá y en Caracas donde están los grupos mas anti venezolanos y anti colombianos. Por fortuna, nuestros datos muestran que entre los más jóvenes están los grupos más pro venezolanos y pro colombianos en ambos países.

Entretanto, los medios regionales tienen una visión más cercana, más próxima a problemas que ocurren todos los días y que no están signados por lo excepcional o por lo histriónico: el flujo de las pimpinas, la afectación de los precios, las oscilaciones del comercio, los bloqueos a las movilizaciones de ciudadanos, la atención a los desplazados, los hostigamientos de los paras y las guerrillas, el desgaste de las normas centrales.

La percepción que suelen tener los medios nacionales de las fronteras es la que las convierte esencialmente en zonas de conflicto. Y si hay una realidad importante de las relaciones entre Colombia y Venezuela es esa rica interacción que se vive a lo largo de nuestra frontera, apenas captada por informes especiales como el que hace unos meses realizó El Tiempo o que producen algunos noticieros de televisión en secciones especiales.

Tenemos una información más de coyunturas que de procesos, de hechos más que de seguimiento, de desmemoria más que de reconocimiento.

¿Sabemos algo de los rastros de las migraciones colombianas, de las mezclas y fusiones de nuestras expresiones culturales, de los emprendimientos económicos que acrecientan la presencia colombiana en Venezuela? ¿Tenemos una visión más comprensiva de los cambios políticos venezolanos más allá de los estereotipos, las estigmatizaciones o los desconocimientos? ¿Reducimos los problemas de frontera a los marcos formales de la seguridad o a la militarización de sus efectos en ambos países? ¿Tenemos mapas mentales,

como los que dibujaron en buen momento los artistas colombianos y venezolanos del Proyecto Mapa, en los que quepan regiones y actores diferentes a los pocos y reiterados de las zonas metropolitanas? ¿Hay una cierta didáctica de las relaciones a través de la cual los medios y sobre todo la educación permitan una exploración de reconocimientos de nuestras identidades y también de nuestras convergencias?

Temo que la respuesta es sobrecogedoramente negativa.

Así como las relaciones entre los países hay que recomponerlas y construirlas cotidianamente, las representaciones de los medios se deben reconsiderar más allá de los estereotipos, las agendas reducidas y las fulguraciones que atraen, utilizando el criterio de oportunidad de la información periodística. En el fondo se trata de retornar a otras visibilidades de nuestra vecindad, desprendiéndonos de la red de las atracciones fatales que tiende el fulgor de los caudillismos tan en boga.

En "Memoria feliz de Caracas" Gabriel García Márquez escribió: "Nadie me en-

señó tanto sobre esta ciudad irreal, como la gran mujer que pobló de fantasmas los años más dichosos de mi niñez. Se llamaba Juana de Freitas, y era inteligente y hermosa, y el ser humano más humano y con más sentido de la fabulación que conocí jamás. Todas las tardes, cuando bajaba el calor, se sentaba en la puerta de su casa en un mecedor de bejuco, con su cabeza nevada y su bata de nazarena, y nos contaba sin cansancio los grandes cuentos de la literatura infantil. Los mismos de siempre, desde Blanca Nieves hasta Gulliver, pero con una variación original: todos ocurrían en Caracas.

Fue así como crecí con la certidumbre mágica de que Genoveva de Bramante y su hijo Desdichado se refugiaron en una cueva de Bello Monte, que Cenicienta había perdido la zapatilla de cristal en una fiesta de gala de El Paraíso, que la bella Durmiente esperaba a su príncipe despertador a la sombra de Los Caobos, y que Caperucita Roja había sido devorada por un lobo llamado Juan Vicente El Feroz. Caracas fue desde entonces para mí la ciu-

dad fugitiva de la imaginación, con castillos de gigantes, con genios escondidos en las botellas, con árboles que cantaban y fuentes que convertían en sapos el corazón, y muchachas de prodigio que vivían en el mundo al revés dentro de los espejos. Por desgracia, nada es más atroz ni suscita tantas desdichas juntas como la maravilla de los cuentos de hadas, de modo que mi recuerdo anticipado de Caracas siguió siendo el de siempre: la infeliz Caracas".

Al mismo Gabo le escuché decir, en una reunión en México que la "crónica es un cuento que es verdad". Estamos aún, frente a los medios, esperando que nos cuenten las otras verdades de Venezuela.

■ **Germán Rey**
Fue defensor del lector de *El Tiempo*. Forma parte del Grupo Académico Binacional y del Consejo de Ciencias Sociales del Sistema Nacional de Ciencia de Colombia.



Galería de Papel. Perro dormido. Iván Petrovsky 1963